



AL ESTE DEL EDEN

Al este del Edén, novela de Jonh Steinbeck, es una epopeya de resonancias bíblicas que inspiró la película homónima de Elia Hazan y protagonizada por James Dean en el papel del mítico Cal Trask. El libro y la película narran las vicisitudes de dos familias a lo largo de tres generaciones, desde la guerra de secesión hasta la Segunda Guerra Mundial, en el lejano valle Salinas, en la California septentrional. Tras acompañar a la familia Hamilton en su épico asentamiento en la región, el lector penetra en el sofocante mundo de los Trask, en el que el severo Adam -tras ser abandonado por su mujer, a quien nadie de la familia osa nombrar- intenta educar en el recto camino a sus hijos Cal y Aron, nuevos Caín y Abel, que entablan una pugna soterrada por el reconocimiento del padre. Cuando Cal se siente extrañamente atraído por la misteriosa Cathy Adams, que regenta el burdel más célebre de la región, la maldición caerá sobre el joven, en adelante condenado a permanecer al este de un elusivo Edén. Cathy es la mujer de Trask, es decir, su madre.

Steinbeck nació en 1902 en Salinas, California, y pasó la mayoría de su vida en el condado de Monterrey, el escenario de muchos de sus libros. Cuando era joven, trabajó de labriego, vaquero y obrero industrial y asistió a la universidad de Stanford, sin regularidad, durante seis años, transformando estas experiencias en las descripciones de las vidas de sus personajes de la clase obrera.

Su primera novela, Copa de Oro, se imprimió en 1929, pero Steinbeck no se estableció como escritor hasta la publicación de Tortilla Flat en 1935. Las uvas de la ira (1939), la novela que muchos llaman su obra maestra, fue tan bien recibida por los críticos como rechazada por su lenguaje grosero e izquierdoso. Steinbeck escribió Al este del Edén en 1952. Recibió premio Nobel de literatura en 1962 y murió el 20 de diciembre de 1968. Está considerado como uno de los mejores novelistas del siglo XX. Al Este del Edén recoge aspectos de la conquista del Oeste americano, por tanto está cuajada de referencias al sistema de construcción de casas de madera de entramado ligero y a otros usos de la madera. Sin embargo estas citas son breves y relativamente desconexas. Sin embargo merece la pena traerlas a colación como reflejo literario de los aspectos constructivos que los libros técnicos recogen y las fotografías de Walker Evans ilustran con gran sentido poético.

El valle de Salinas y las casas de madera

Había seis metros de arena, y luego reaparecía la tierra negra, donde se encontró un pedazo de pino rojo, cuya madera imperecedera no se pudre jamás.

Cuando llegaron los españoles, tuvieron que bautizar todo cuanto encontraron y vieron. Esta es la primera obligación de todo explorador: una obligación y un privilegio. Cualquiera nueva anotación en el mapa dibujado a mano debe tener un nombre. Eran, desde luego, hombres muy religiosos, y los que sabían leer y escribir; los que llevaban los diarios y trazaban los mapas, eran los duros e incansables sacerdotes que viajaban en compañía de los soldados. Así es que los primeros nombres de lugares fueron de santos o de festividades religiosas celebradas en los altos de la marcha.

Hay muchos santos, pero su número no es inagotable, de modo que se encuentran abundantes repeticiones en los primeros nombres. Tenemos San Miguel, Saint Michel, San Ardo, San Bernardo, San Benito, San Lorenzo, San Carlos, San Francisquito. Y luego las festividades: Natividad, Nacimiento, Soledad. Pero también se daba nombre a ciertos lugares según el estado de ánimo de la expedición en aquel momento: Buena Esperanza, Buena Vista, porque la vista era hermosa; y Chualar, porque era muy bonito. Venían luego los nombres descriptivos: Paso de los Robles, porque allí había muchos; Los Laureles, por la misma razón;



Tularcitos, debido a los juncos de la marisma, y Salinas, a causa del álcali, que era tan blanco como la sal. Algunos lugares recibieron el nombre de los animales o pájaros que los poblaban: Gavilán, por los gavilanes que volaban sobre aquellas montañas; Topo, por la presencia de este animalito; Los Gatos, debido a los gatos salvajes. La inspiración la daba a veces la propia naturaleza del lugar: Tassajara, una taza y una jarra; Laguna Seca, un lago desecado; Corral de Tierra, porque había un cercado de tierra; Paraíso, porque era como el cielo... Luego vinieron los norteamericanos, más codiciosos porque eran más numerosos. Tomaron posesión de las tierras y rehicieron las leyes para que sus títulos de propiedad fueran válidos. Y las granjas se extendieron por todo el valle, primero en las

cañadas y luego subiendo por las laderas de los montes, pequeñas casas de madera techadas con tablas de cedro rojo, y corrales formados por estacas hendidas. Allí donde surgía de la tierra el menor brillo de agua, se levantaba una casa y una familia comenzaba a crecer y a multiplicarse. A la entrada de estas moradas se plantaban enseguida esquejes de geranio y de rosal. Los caminos de carro reemplazaban las antiguas veredas, y entre la mostaza amarilla aparecían los primeros campos de trigales y cebada. Cada quince kilómetros aproximadamente, en las carreteras más importantes, se encontraba una tienda surtida de todo lo necesario y un herrero, que con el paso de los años constituyeron los núcleos de pequeñas

poblaciones, como Bradley, King City y Greenfield.

Los norteamericanos tenían más predisposición que los españoles a dar a los sitios nombres de personas. Tras su afincamiento en los valles, los nombres de los lugares se refieren más a cosas que allí ocurrieron; ésos son para mí los más fascinantes, porque cada uno de ellos me sugiere una historia que ya ha sido olvidada. Pienso en lo que significa Bolsa Nueva; en Moro-cojo (¿quién sería este moro y cómo llegaría hasta allí?); en el Wild Horse Canyon, o sea el Cañón del Caballo Salvaje, y en Mustang Grade, el Repecho del Potro Musteño, y Shirt Tail Canyon, o lo que es lo mismo, el Cañón del Faldón de la Camisa. Esta toponimia conserva un recuer-



do de la gente que la inventó, de una manera reverente o irreverente, descriptiva, e incluso poética o peyorativa. A cualquier lugar se le puede llamar San Lorenzo, pero Cañón del Faldón de la Camisa o Moro-cojo es algo muy diferente.

.../...

Mientras muchos llegaban al valle Salinas sin un céntimo, había otros que, tras venderlo todo, llegaban con dinero para comenzar una nueva vida. Estos, por lo general, solían comprar tierra, tierra buena, y se construían casas de madera con tabloncillos pulidos, que decoraban con alfombras y cristales de colores en las ventanas. Había muchas familias de este tipo que solían asentarse en las tierras fértiles del valle, de las que arrancaban la mostaza para plantar trigo. Adam Trask fue uno de ellos.

.../...

La primitiva casa de Sánchez todavía era habitable. Construida de adobe, se alzaba en un pequeño rellano en la ladera, formando un valle en miniatura, regado por un precioso y constante manantial de agua dulce; por eso Sánchez escogió este lugar para establecerse. Corpulentos robles daban sombra al valle, y la tierra poseía una riqueza y un verdor excepcionales en esta parte de la comarca. Los muros de la achaparrada mansión tenían más de un metro de espesor, y las vigas redondas habían sido sujetadas con tiras de cuero mojado, que al secarse se contrajeron y unieron fuertemente las vigas sobre sus soportes. Las tiras de cuero se volvieron tan duras como el hierro y casi tan duraderas. El único inconveniente de este sistema es que las ratas roerán las tiras si se les permite hacerlo. La vieja casa parecía haber brotado de la tierra y era realmente encantadora. Bordonni la empleaba como establo para las vacas. Era un suizo, un inmigrante, dominado por la pasión nacional de la limpieza. No le gustaban las gruesas paredes de

barro y se construyó una casa de madera a cierta distancia, mientras sus vacas asomaban la cabeza por las profundas ventanas de la vieja casa de Sánchez.

Los Bordonni no tenían hijos, y cuando la esposa murió ya en la madurez, se apoderó del viudo una profunda nostalgia por sus pastos alpinos. Sintió deseos de vender el rancho y de volver a su país. Adam Trask no quiso comprarlo con prisas, y Bordonni por su parte le pedía un precio muy elevado, utilizando el viejo sistema de aparentar que lo mismo le daba vender como que no. Pero Bordonni sabía que Adam acabaría comprándose las tierras mucho antes de que éste se decidiese a hacerlo.

Adam quería escoger un lugar del que ni él ni su futuro hijo tuviesen que moverse jamás. Hizo calas en el terreno para comprobar, palpar y oler la tierra del subsuelo. Hizo preguntas acerca de las pequeñas plantas silvestres de los campos, de la orilla del río y de los montes. En lugares húmedos, se arrodilló para examinar los rastros de la caza sobre el fango, ya fuesen jaguares o ciervos, coyotes o gatos monteses, mofetas o mapaches, comadrejas o conejos, entremezclados con las huellas de codornices. Se deslizó entre los sauces, los sicómoros y los zarzales repletos de moras negras en el lecho del río, golpeó los troncos de los robles corpulentos y enanos, los laureles y los madroños.

La construcción

A sus espaldas oía el ruidoso martilleo de los carpinteros que había traído de Salinas para reformar el viejo caserón de Sánchez. Adam había decidido vivir en la vieja casa. En aquel lugar deseaba enraizar su dinastía. La casa estaba desvencijada, los viejos suelos agrietados y los marcos de las ventanas arrancados. Con madera de excelente calidad, de pino resinoso y de abeto rojo aterciopelado al tacto, se hizo un techo nuevo, de largas tablas de ripia. Los viejos y gruesos muros fueron enjalbegados con varias capas de lechada, hecha con cal disuelta en

agua salada, que, al secarse, parece poseer una luminosidad propia. Adam quería una residencia permanente. Un jardinero podó los antiguos rosales, plantó geranios, desbrozó el huerto e hizo pasar el agua del manantial por una serie de pequeños canales a través de todo el jardín. Adam previó que aquel lugar sería muy agradable para él y sus descendientes. En un cobertizo, y protegido por cubiertas de lona, guardaba el pesado mobiliario enviado desde San Francisco y acarreado desde King City.

.../... Todo aquello requería su tiempo, y Adam sabía que no podía tener prisa. Los obreros trabajaban con parsimonia y lentitud. Las obras llevaban su tiempo, y Adam quería que estuviesen bien hechas. Inspeccionaba la menor ensambladura y estudiaba las muestras de pintura sobre una paleta.

.../...

—Quiero que sea sólida —indicaba una y otra vez a los operarios—. Quiero que dure. Emplead clavos de cobre y maderas duras; no quiero nada que pueda pudrirse o enmohecerse.

.../...

A última hora de la tarde, antes de empezar a trabajar, se sentaban juntas en la habitación de Faye para tomar el té. La habitación era mucho más bonita desde que Kate había pintado los paneles de madera y colocado cortinillas de encaje

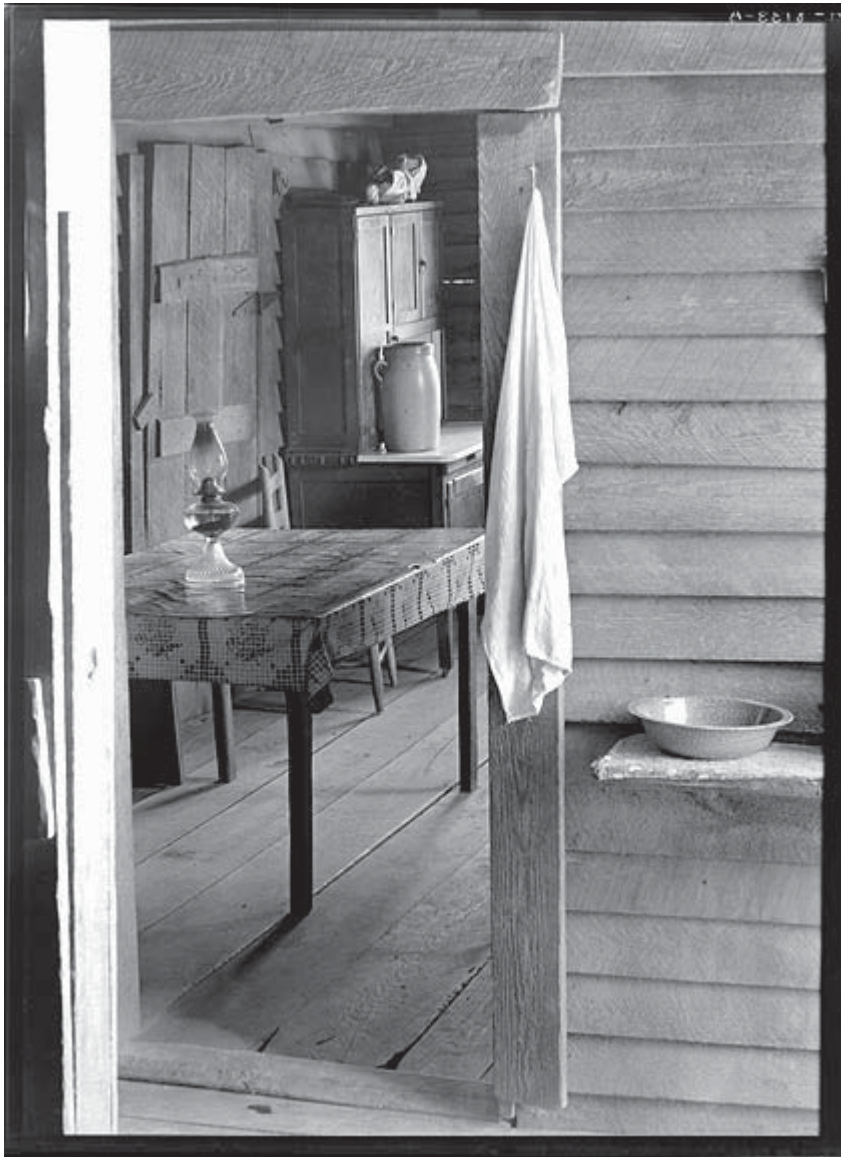
Otros usos de los árboles

Por la tarde, Samuel y Adam dieron un paseo a caballo por las tierras. El viento se alzó como todas las tardes y el polvo amarillento cubrió el cielo.

—Oh, son unas tierras muy buenas —gritó Samuel—. Son excepcionales. —Me parece como si el viento se las estuviese llevando poco a poco —observó Adam.

—No, sólo las cambia de lugar. Algo de su tierra va al rancho de James, pero usted recibe una poca de los Southeys.

—No me gusta el viento. Me pone



nervioso.

—A nadie le gusta por mucho tiempo. También pone nerviosos y vuelve intranquilos a los animales. No sé si usted lo habrá advertido, pero un poco más arriba están plantando árboles para resguardar las tierras del viento. Eucaliptos, vienen de Australia. Dicen que crecen tres metros por año. ¿Por qué no prueba a plantar algunas hileras para ver qué pasa? Una vez crecidos, lo resguardarían algo del viento, y, además, su madera es muy buena como leña.

Otras referencias

Inodoro

Fue a King City y estudió la construcción de un retrete de agua corriente, y luego se construyó uno con estaño hábilmente curvado y madera labrada. Como el agua del manantial fluía muy lentamente, colocó un depósito de cedro rojo al lado de la casa, e hizo subir el agua hasta él con ayuda de la bomba de un molino de viento de construcción casera, pero tan bien hecho que el menor soplo de aire lo hacía girar. Y con madera y metal construyó los prototipos de dos ideas que había tenido, con el fin de enviarlos a la oficina de patentes en otoño.

Ventana

Al llegar a Valdosta, en Georgia, se ocultó hasta mucho después de medianoche, y entró en el pueblo como una sombra; se encaramó a la parte trasera de un bazar y forzó la ventana con la mayor precaución, arrancando los tomillos de la cerradura empotrada en la madera medio podrida por el sol. Luego colocó de nuevo la cerradura, pero dejó la ventana abierta. Tuvo que trabajar a la luz de la luna, arrastrándose a través de sucias ventanas. Robó unos pantalones, una camisa blanca, zapatos y sombrero negros, y un impermeable encerado, y se probó cada pieza para ver si eran de su medida. Se esforzó por asegurarse de que todo quedaba igual que antes de saltar por la ventana. No se había apoderado más que de cosas de las que había en abundancia. Ni tan sólo había tratado de buscar el lugar donde se encontraba la caja. Bajó cuidadosamente el cierre de la ventana, y se deslizó de sombra en sombra, evitando los lugares bañados por la luz de la luna.

Barnices

Charles había barnizado la cocina —paredes, ventanas y techo— con grasa proveniente de las sartenes.

Abra pasó de puntillas ante la puerta de la habitación de su padre, para dirigirse a la suya. Los barnices relucían y los papeles de las paredes eran de colores vivos. Tenía retratos enmarcados de sus padres sobre el tocador y poemas enmarcados en las paredes; en su armario todo estaba en su sitio, el suelo muy bien encerado, y todos sus zapatos cuidadosamente alineados. Su madre se lo hacía todo, e insistía en hacerlo: decidía por ella y elegía sus vestidos.

Herrajes

Como la puerta de la cocina chirriaba, engrasó los goznes, y también la cerradura, que estaba muy dura, y luego aprovechó para engrasar también las bisagras de la puerta de la entrada. Se preocupó de que los quinqués tuvieran petróleo y las tulipas estuvieran limpias; y para



Walker Evans. Hijos de Frank Tenge, Alabama 1936



limpiarlas, ideó un método que consistía en sumergirlas en una enorme lata llena de petróleo que guardaba en el sótano.

Silbatos

Adam reclamó su cuchillo para enseñar a los chicos cómo hacer silbatos de madera de sauce, una cosa que Lee ya les había enseñado hacía tres años. Por si fuera poco, Adam había olvidado cómo se hacía la lengüeta, y por más que sopló no salió sonido alguno de los silbatos.

Cerillas

Luego, se volvía hacia la mesita de noche y su mano caía exactamente sobre la caja de cerillas que había sobre ella. Con movimientos parsimoniosos, sacaba una y la frotaba en el borde de la caja. El azufre se encendía con una llamita azulada antes de prender en el palito de madera. Entonces, Charles encendía la vela que había junto a él.

El tren

O tomemos a un hombre que está contemplando su robleal, de madera tan dura como el carbón, y que calienta más, la mejor madera para combustión del mundo. Puede que en el bolsillo lleve un periódico con un anuncio que diga: CUERDA DE LEÑA DE ROBLE A DIEZ DÓLARES POR CUERDA, EN LOS ÁNGELES. «¡Qué diablos!», piensa el hombre. «Cuando se tienda un ramal del ferrocarril por aquí, podré talarlos, partíroslos y llevarlos junto a la vía por un dólar y medio la cuerda. Lleguemos incluso a suponer que el Southern Pacific me impondrá un recargo de tres cincuenta por el transporte. Pero, aun en ese caso, me quedan cinco dólares por cuerda, y sólo en este pequeño robleal hay tres mil cuerdas, lo que viene a ser unos quince mil dólares limpios.»

Un aeroplano

El aeroplano se hallaba en el campo en torno al cual corría la pista del hipódromo. Era terriblemente

pequeño y endeble: un biplano de cabina abierta y fuselaje de madera, sujeto con cuerdas de piano, y con las alas cubiertas de lona.

.../...

El piloto se encaramó en la carlinga delantera y uno de los sargentos empujó con el hombro la hélice de madera.

Tinta

Me gustaría tener en el almacén algunos de esos bloques de tinta, con dragones esculpidos, de la dinastía Sung. Las cajas que los contienen están comidas por la carcoma. Esa tinta está hecha con humo de madera de abeto y pegamento extraído únicamente de pieles de onagro. Cuando se trazan signos con esa tinta, puede ser que físicamente sea negra, pero el que la contempla queda persuadido de que tiene todos los colores del mundo **A**